



GUEORGUI GOSPODÍNOV

EL JARDINERO
Y LA MUERTE

Traducción del búlgaro de María Vítova

IMPEDIMENTA

Mi padre era jardinero. Ahora es jardín.

No sé por dónde empezar. Que este sea el inicio. Estamos hablando de un final, por supuesto, pero ¿dónde empieza el final?

Creo que me he hecho pis encima, dijo mi padre en el umbral. Estaba en el marco de la puerta de entrada, dolorosamente consumido, algo encorvado, con esa inclinación característica de las personas altas. Lo trajeron a Sofía tarde por la noche, a finales de noviembre. Había viajado trescientos kilómetros en el asiento de atrás, tumbado, para mitigar el dolor. Yo había conseguido que le dieran hora para hacerse unas pruebas al día siguiente.

Me he hecho pis encima, repitió, culpable como un niño pequeño, a modo de disculpa y con esa típica autoironía suya, *para hacer el ridículo no hay edad*.

No pasa nada, dije, y nos pusimos a cambiarle la ropa en el pasillo, cerrando la puerta hacia el salón.

Tengo miedo, me dijo mi hija en voz baja al oído en cierto momento. Ahora me doy cuenta de que ella fue la primera en sentirlo. Yo aún no lo sabía, no quería saberlo.

Quiero avisar desde ya que al final de este libro el protagonista muere. Ni siquiera al final, más bien por la mitad, pero luego vuelve a estar vivo, en todas las historias de antes de irse y en las de después. Porque, como decía Gaustín, en el pasado el tiempo no fluye en una sola dirección.

De niño escogía de la biblioteca solo los libros escritos en primera persona, porque sabía que en ellos el protagonista no iba a morir. Bueno, pues este libro está escrito en primera persona a pesar de que su verdadero protagonista muere.

Sobreviven solo los narradores de historias, aunque también ellos morirán un día.

Sobreviven solo las historias.

Y el jardín que mi padre había plantado antes de irse.

Tal vez por eso narramos. Para abrir otro pasillo paralelo donde el mundo y todos los que lo habitan estén en su sitio, para desviar la narración hacia otra hilera cuando la cosa se ponga peligrosa y la muerte se desborde, como el jardinero desvía el agua hacia la siguiente hilera de la huerta.

Me gustaría que hubiera luz en estas páginas, la luz suave de la tarde. Este no es un libro sobre la muerte, sino sobre la tristeza por la vida que se va. Es diferente. Tristeza por el panal colmado de miel, pero también por las celdas vacías de ese panal, por ellas más intensa incluso. Tristeza por aquel panal del que también se acuerdan las velas de cera mientras se extinguen en nuestras manos.

No hay nada que temer, como decía él.

El cuaderno de notas en el que escribo ahora (escribo en cuadernos de notas desde hace treinta años) empieza en octubre. Entonces yo aún no era consciente, pero él ya estaría con dolores. Las señales estaban allí, presentes, pero su lectura llega tarde. Volvía a marcharme, esta vez a Cracovia.

Bueno, y cuando regreses, por qué no te vienes a pasar unos días aquí, y así descansas un poco.

Fue un año inhumanamente intensivo, con un sinfín de viajes. *Por qué no te vienes a pasar unos días aquí, y así descansas un poco...* Entonces no presté atención. Siempre protestaba porque íbamos poco, porque no descansábamos. Ahora leo otras cosas en esas palabras. *Por qué no te vienes, oigo, y te quedas conmigo unos días, no estoy muy allá, no sé si pasaré del invierno.*

Ese mismo octubre, un día que nos vimos, un poco antes de marcharme, junto al macizo con las últimas rosas de octubre:

Me duele un poco la cintura.

¿La cintura?

Y va hacia arriba.

¿Hasta dónde?

Hasta los hombros. Y me oprime el pecho...

Al parecer, fue al médico de la ciudad. Le recetaron pastillas. A quién no le duele la cintura, y encima trabajando tanto en el jardín... Al principio, las pastillas ayudaban.

Tenía que ir a Portugal, iba a ser el último viaje del año.

¿Cómo lo llevas, vas tirando?

Ahí voy, nada que temer, dijo. «Nada que temer» era su frase favorita. Su respuesta preparada para cualquier pregunta.

¿Te duele mucho la cintura?

Nada que temer.

Me parece que has adelgazado.

Nada que temer.

Pero en aquel momento, me doy cuenta ahora al repasar en mi cabeza una y otra vez aquel octubre, antes de montarme en el coche, cuando nos abrazábamos para despedirnos, él añadió algo más: *Nada que temer, esperaré a que vuelvas.*

¿Me di cuenta entonces? Sí y no.

Con setenta y nueve años cultivaba un enorme jardín con hortalizas, frutas y flores. Había de todo allí: tomates, pimientos, patatas, maíz, fresas, peonías, rosas, tulipanes, árboles frutales. Plantar, desbrozar, regar, voltear, fumigar, entutorar... Insistíamos en que lo dejara ya, que se lo tomara con más calma. Recuerdo que en aquella ocasión, junto a aquel último rosal de octubre, el morado pálido, le dije que como siguiera así y no fuera a Sofía a ver al médico, le iba a dar algo de repente y el jardín se iba a llenar de maleza ante sus ojos. Son extrañas las palabras que deja entrar en sus oídos el tiempo, el destino o como queramos nombrar esa cosa agazapada en el futuro. Ahora veo toda la crueldad aplazada de mi frase.

Sabía que aquel jardín era especial. Le había salvado la vida tras el primer cáncer, le había dado diecisiete años más, pero también iba a acelerar su final. Empezó de la nada en el terreno vacío de una casa de campo que mi hermano había comprado. Aquí es donde mejor me siento, decía. La radioterapia y los quimios le habían ayudado, pero también se habían cobrado lo suyo. Recuerdo que nunca recuperó su risa antigua, aquella alegría y buen humor. Se quedaba en silencio durante largos ratos, moviendo a veces la cabeza en un sordo monólogo interior.

El jardín era su otra vida posible, la voz callada y todo lo que había quedado sin decir. Hablaba a través de él, y sus palabras eran manzanas, cerezas, grandes tomates rojos. Lo primero que hacía cuando yo llegaba era enseñármelo. Cada vez era distinto.

Me gustaba estar allí, sobre todo en primavera, enterrar la cabeza entre las ramas del ciruelo cargado de flor, cerrar los ojos y escuchar el zumbido zen de las abejas. Otras veces lo odiaba

en secreto viendo a mi padre blandir el azadón: flaco, desnudo de cintura para arriba, con todas las cicatrices en su cuerpo cercenado por las operaciones. El jardín y él se fundían en uno, él no lo dejaba, pero tampoco el jardín iba a soltarlo ya. Había una extraña condena, un trato faustiano entre ellos. Podría llegar a ser funesto ese jardín. Me lo imaginaba succionándole las fuerzas poco a poco, alimentando sus frutos y sus rosas con él: cuanto más enrojecían las cerezas, los tulipanes y los tomates, más palidecía él.

Aparte de todo lo demás, mi padre lograba convertir cada terreno en un jardín, cada casa en un hogar. Esa es una maña especial. Cada piso de alquiler al que nos mudábamos, y nos mudábamos a menudo, quién sabe por qué, siempre acababa volviéndose hogareño. Por eso ahora, además, me siento sin hogar. Nunca olvidaré cómo se las apañaba incluso para transportar su jardín con nosotros. Desenterraba con cuidado los bulbos de los jacintos, los narcisos y las linarias, de las peonías y los tulipanes, tenía unos tulipanes favoritos, holandeses, de color azul oscuro, de los que jamás se separó y que volvía a plantar en cada jardín de cada nuevo lugar.

Me pregunto si las flores no son realmente los periscopios secretos de los muertos que yacen bajo ellas observando el mundo a través de sus tallos.

Sí, mi padre era jardinero. Ahora es jardín.

¿De qué hablamos cuando hablamos de la muerte? ¿De aquel que se ha ido o de nosotros? ¿De la ausencia misma? Está tan ausente que llena cada minuto libre con su ausencia.

Su presencia hasta ahora certificaba también mi propia presencia, la presencia de mi niñez. A su vez, su ausencia pone en marcha toda la maquinaria de la memoria. Cosas en las que no había pensado en mucho tiempo se despiertan ahora, yo las despierto, para estar seguro de que todo aquello fue real. La memoria voluntaria y la involuntaria trabajan juntas, hacen girar el ruginoso mecanismo del recuerdo, desempolvan o rellenan con imaginación aquello que no se ve con claridad. Y hay que reconocer que este es un trabajo centrado tanto en la memoria del que se ha ido como en nosotros, el trabajo egocéntrico de salvarnos a nosotros mismos, de dar sentido al hecho de que seguimos aquí cuando el otro ya se ha ido.

¿Seguimos existiendo si se va la última persona que nos recordaba como niños?

¿De qué hablamos cuando hablamos de la muerte? De la vida, por supuesto, en toda su fascinante fugacidad.

Llamo desde Lisboa, me rodea el bullicio del festival de cine, veo una película tras otra, estoy en el jurado, llamo entre dos películas. Papá, ¿qué tal la cintura? Todo bien, nada que temer. Llamo a mi madre. Mamá, ¿cómo está papá? Pues bien, aquí tumbado. Le estoy dando masajes con hoja de culebra. ¿Qué es hoja de culebra? Bueno, una de las auxiliares de enfermería dijo que viene muy bien para el dolor, me dio un poco.

Mi padre y mi madre sobrevivieron a la pandemia, se vacunaron, la soledad y la casa del pueblo en el que vivían les salvaron. Él, superviviente de un cáncer, ella, diabética: las víctimas ideales de aquel virus. Al inicio de la pandemia yo volvía a estar en otra parte, me había ido a vivir un año a Berlín, hablábamos a diario e intentaba captar en sus voces cualquier cambio: tienes la voz un poco ronca, ¿notas los olores?, ¿te has medido la saturación?...

Fue a finales de noviembre cuando vino a Sofía para los análisis, con una bolsa de viaje, una cazadora de cuero y un bastón. (Una cazadora de cuero y un bastón labrado con sus propias manos, esto lo retrataba a la perfección.) Subió solo las escaleras hasta la cuarta planta sin descansar, incluso se sorprendió a sí mismo. Iba a subirlas tres veces más (y bajarlas dos), pero entonces no lo sabíamos. Cada vez subía más despacio y con más dificultad, la última vez sacamos una silla para que descansara en cada rellano.

Eran sesenta y cuatro escalones, los contaba en mi cabeza.

Estoy seguro de que él también los contaba.

Le quedaban en total ciento noventa y dos escalones por subir.

Al día siguiente tocaba la prueba de isótopos. Aquella en la que te inyectan una sustancia que, después de un tiempo, *se acumula en los sitios de actividad metabólica y te ilumina como un árbol de Navidad*, según dijo uno de los médicos. Muy rápido aprendería que la actividad metabólica, que a mí me sonaba

tan inocente, significa en realidad focos tumorales o metástasis la mayoría de las veces. La epicrisis está escrita de forma que el paciente pueda comprenderlo si lo intenta. Pero si decide no saberlo, también tiene esa opción.

M. en la 4.^a y la 9.^a costilla a la izquierda y en la 7.^a a la derecha, formaciones indefinidas en el hígado, cambio en la estructura de los huesos, cambios degenerativos y osteoartroticos, fijación aumentada de RF en la columna vertebral, datos de lesiones osteolíticas no claramente definidas. Sería conveniente clarificar parte de los hallazgos para descartar...

Tenéis que ser fuertes, dice la doctora, una amiga mía casada con un escritor, que interpreta los resultados en la breve pausa mientras mi padre está en el baño. Noto que intenta buscar algo inocente, algo rebatible en unos resultados despiadadamente irrefutables. Hay veces, dice, que las cosas permanecen en reposo o evolucionan muy despacio, y además tu padre parece un tipo duro.

Lo llevé a casa y salí a comprar algo para comer. Quería quedarme a solas un rato y llorar como un niño.

No tenía dónde.

Algunas personas me sonreían por la calle, me saludaban, me reconocían. Me metí en la primera calle que cruzaba —gracias a Dios, casi desierta— y dejé que las lágrimas fluyeran. Caminé hasta el final, volví al principio, luego otra vez hasta el final, una suerte de patrulla del dolor. Tenía que llamar a mi hermano y no tenía fuerzas. Al final marqué el número, fui muy breve: las cosas no pintaban muy bien, harían falta más pruebas, y no pude seguir, colgué.

Hacía un día gélido y soleado, la gente salía en la pausa del trabajo para comer algo rápido, algunos paseaban a sus perros,

gesticulaban, se reían... El fin del mundo no llega para todos al mismo tiempo. Los padres de todos ellos están vivos, pensé. Y me estremecí ante ese pensamiento. El mío también estaba vivo.

Por estas latitudes patriarcales solía decirse que cuando los niños lloran no hay nada que temer, pero cuando los adultos lloran, entonces sí hay algo que temer. Pero cuando eres a la vez niño y adulto y acabas de enterarte de que tu padre se está muriendo...

Jamás olvidaré aquella tarde a principios de los ochenta en la que el vecino de la casa de enfrente lloraba a voz en grito en el baño. Y a través de la pequeña ventana abierta aquel llanto flotaba sobre la tranquila calle. Tal vez se había encerrado allí para que no lo oyera nadie, pero le oía todo el mundo. Yo tenía diez años y sabía que algo irreversible había ocurrido, y qué más irreversible que la muerte. El vecino acababa de enterarse de que su nieta había fallecido, tenía mi edad. Supe dos cosas aquella tarde: que no solo morían los ancianos, y que debía de ser muy terrible que se muriera un familiar para que alguien, incluso un hombre adulto, llorara de aquella forma tan desconsolada. Estaba solo en casa, petrificado. Me preguntaba si debía acercarme al vecino. Temía que se hiciera daño a sí mismo, aunque la ventana era demasiado pequeña para saltar desde allí, pero podía hacerse alguna otra cosa, quién sabe. Jamás olvidaré aquel llanto desconsolado que flotaba desde el minarete del baño a las tres de la tarde.